

Capítulo I

Todo empezó en aquel aeropuerto de Alicante, yo me encontraba en una situación de lo más habitual en los tiempos que corren, iba a coger un avión. Pero este viaje era el comienzo de una nueva aventura, el final de una etapa y el principio de otra, viaje que casi todo el mundo tiene la oportunidad de hacer al menos una vez en la vida, aunque no todo el mundo se atreve a hacerlo por alguna u otra razón. Hay gente que siempre soñará con hacerlo, otra lo hace cada cierto tiempo, es su manera de vivir, es un modo de vida, otra gente no se atreve por inseguridad, por miedo a lo desconocido, duda si empezar otra vez de cero es una buena idea o si lo podrá hacer. Yo había decidido cambiar de vida e irme a un país en el cual ni tan siquiera se hablaba mi idioma, me disponía a coger un avión que me llevaría a mi nueva residencia, mi nueva ciudad, mi nueva vida, pero la espera en la cola se volvía distinta a lo habitual. Todos y cada uno de los días que había pasado pensando en lo que el futuro y el destino tenían preparado para mí no me ayudaron en nada ni sirvieron para mucho. Creo que pensar mucho en el mañana y prepararlo hace que cambie rápidamente, no se pueden hacer planes. Imagina la situación, esperaba mi turno en la fila de la ventanilla de facturación de equipaje, las personas murmuraban entre ellas. Había, por raro que pareciera, un fuerte olor a azufre en el ambiente, como el de una antigua chimenea mezclado con el olor a madera quemada, muchísima luz y anuncios de aviones aterrizando y despegando, tres o cuatro filas, o más, de personas esperando a facturar en sus respectivas ventanillas; de repente, de la nada aparece un tipo y veo cómo se va acercando hacia donde yo me encontraba, descaradamente pero a la vez intentando disimular. Era alto y corpulento, sus ropas estaban como desgastadas del uso y eran de un color oscuro, viejo, maltratado, tanto el jersey

como el pantalón eran de una tela parecida a la lana, no tenía pelo ni en la cabeza ni en las cejas ni tampoco tenía pestañas, y su aspecto era el de un individuo borracho o quizás drogado. Su cara era el reflejo de un hombre que había abusado de algún tipo de droga y además no había dormido aquella noche, las cuencas de sus ojos eran tan oscuras como una profunda cueva. Digo esto con conocimiento de causa, sé de lo que os estoy hablando: las drogas de diseño, he vivido durante unos años en la increíble y maravillosa isla de Ibiza. Bueno, la verdad, mi vida ha estado siempre unida y vinculada a islas y al mar, pero no solo a las islas Baleares, también otras, pero eso te lo contare después. Como te decía, viví durante unos años en la «Isla Blanca» o «Isla del Amor» o también conocida como «Isla de la Guasa», se respira un aire puro, libre, con increíbles playas y calas, con gente de todas las nacionalidades, colores y gustos, y rodeado de guapos y guapas, libertad, drogas, fiestas y un sinfín de movidas, variedad, sensualidad, erotismo..., todo se une en esa isla. Las chicas y chicos de todo el mundo preparan sus cuerpos y mentes para pasar unos días de auténtico desenfreno, pasión, sexo y muchísimas drogas de todo tipo y calidad, sin ir más lejos, *Ketamina*. No sé si has oído hablar de esta droga, pero te diré algo sobre ella, es anestesia para caballos. Mediante un proceso bastante sencillo, que es simplemente colocar un platito con la *Ketamina* líquida sobre un cazo a fuego lento, como si utilizáramos dicho plato de tapadera; tras unos minutos, empieza a evaporarse el líquido, quedando en el plato el resultado en forma de polvo blanco parecido al bicarbonato que todos conocemos. Se consume de la misma manera que la cocaína u otros derivados que debemos inhalar aspirando por uno de nuestros orificios nasales. Bien, tras esta operación de dosificación, los efectos son inmediatos, es como si en cinco segundos, de estar en un estado normal, pasas a estar completamente «ebrio». Utilizo este término porque es el más conocido, ya que el alcohol es una droga legal que todos conocemos y en la mayoría de los casos hemos consumido. Pues la *Ketamina* es como si estuvieras borrachísimo en tan solo unos segundos, eso

con una dosis normal, que es poquito, si la dosis suministrada es mayor, te garantizo que no olvidarás este «trozo». Tu cuerpo se ralentiza, tus movimientos son lentos y pesados, tu cuerpo no responde con la velocidad habitual, tu visión se enturbia, tu mente divaga, no eres tú, eres un caballo anestesiado, en fin, esta es una de las muchas y variadas drogas que viven en nuestra sociedad a la que pertenezco pero con la que no comparto muchas cosas que parecen estar muy arraigadas como por ejemplo el alcohol y el tabaco, que son las drogas más peligrosas que existen, y sin embargo están aceptadas y autorizadas por los gobiernos. Con esto pasa como con todo, el dinero, el poder, la raza humana, este es un ejemplo de una de esas drogas, sin más.

Bien, volviendo al aeropuerto, este señor se acercó a mí y me dijo:

—Acisclo, no te vayas en ese avión, debes de tomar otro camino, tu destino acaba de cambiar hacia una aventura sin precedentes en este planeta.

—¿Qué? —contesté.

—Hazme caso, por favor —insistió el extraño personaje—. Si me das cinco minutos, puedo explicarte lo que te estoy diciendo.

Imagina, una persona que no conoces de nada de repente se acerca a ti, te llama por tu nombre y te dice que tu destino acaba de cambiar hacia una aventura sin precedentes; pues lo más normal es que le digas que está enfermo y que te des la vuelta. Pero sus ojos, sus ojos no eran los de una persona normal, he visto muchos ojos, y estos eran muy, muy extraños. Tenían una expresión de desesperanza, de necesitar realmente ayuda, de perdido, de sincero, de perro abandonado que te mira con una carita que te lo quiere llevar a casa, pero que nunca lo haces, o casi nunca. Esa era la mirada de este hombre y además tenía los ojos de un color que jamás había visto antes, parecido a la mostaza, ni amarillo ni naranja, difícil de explicar.

—¿Por qué conoces mi nombre? ¿Quién eres? ¿Qué aventura es esa que dices? ¿Te encuentras bien? —pregunté nervioso.

—No importa quién soy, ni si me encuentro bien, lo importante es que me escuches y comprendas que el destino de este planeta está en tus manos, y no solo eso —contestó el individuo.

—¿Pero qué estás diciendo? Amigo, tienes un problema —le recriminé.

—Yo no soy tu amigo y si no me escuchas, menos aún —dijo el hombre.

—¿Cómo? —dije yo—. Venga, cuídate y que te vaya bonito.

Agarré mis maletas y me di media vuelta. Entonces él me sujetó del brazo; sentí un escalofrío increíble, como cuando saltas de un puente agarrado por unas cuerdas a tu arnés, o cuando arañas con las uñas el encerado, o cuando imaginas que te cortas la yema del dedo con un cúter lentamente... , todas esas sensaciones juntas en un segundo, fue indescriptible. Me di la vuelta y sus ojos habían cambiado de color, eran grises pero sin iris, y su mano estaba ardiendo. ¿Cómo era posible haber sentido ese escalofrío en mi cuerpo si la mano estaba a esa temperatura? ¿Cómo coño había cambiando el color de los ojos? ¿Qué estaba pasando?

—Acislo —insistió el personaje—, sé lo que te ocurrió cuando murió tu amigo, el mismo día de su entierro, sé que no lo hiciste por tu mamá, sé que pensaste en saltar, en suicidarte. También sé lo de los tres puntos en la lengua que tuvieron que darte cuando, después de tirarte de boca al sofá, te hiciste una raja increíble que tuvieron que cerrártela con grapas. Estuviste un mes sin poder comer bien, solo sopita de sémola y calditos. También sé que murió tu perrita Ninfa hace poco y que la echas mucho de menos, y lo de tu tatuaje en el cuello, sé lo que te ocurrió y el motivo por el cual lo hiciste, amaneciste sin pelo una mañana en esa zona y decidiste camuflarlo con ese tatuaje; estabas estresado, te dijo el médico, necesitabas cambiar de aires.

Entonces agarré al hombre del cuello y lo puse contra la pared.

—Si esto es una broma, ha empezado a ser pesada. ¿Dime quién eres o llamo a la policía? —le dije con voz amenazante.

De hecho ya estábamos dando un poco la nota, no tardaría en llegar.

—Mi nombre es SENDEL, significa «El Enviado» —dijo él—. Vengo del futuro para avisarte y aconsejarte sobre tu nuevo destino y lo importante que es que me escuches, porque la vida de toda esta gente, la tuya misma e incluso la de toda tu familia, dependen de ti.

Yo tenía diecisiete añitos y él también, los dos cumplíamos años en el mismo mes: febrero. Edad en la que no sabes qué, cómo, dónde, cuándo ni por qué, pero que te puedes comer el mundo y en la que lo más importante para ti son tus amigos, las chicas o chicos, divertirse y poco más. Estábamos en época de vendimia, antes de empezar un nuevo curso en el instituto. Yo llegué a casa a eso de las 19.30 horas y las caras de mi familia estaban muy raras. Entonces mi abuelita me dijo que me sentara, que tenía que charlar conmigo, estaba muy seria. Le hice caso, me senté y empezó a contarme que la vida, aunque parezca lo contrario, es muy dura y que hay momentos que por mucho que quieras intentar comprenderlos, no puedes porque ocurren, ya sea una enfermedad, un accidente e incluso la muerte. Mi abuela, por desgracia para ella, como ella misma dice, ha enterrado a muchos seres queridos, padres, hermanos, marido, hijos, amigos, sabe de lo que habla. Pienso que es lo más duro que te puede pasar en esta vida, ver cómo personas que teóricamente deberían de fallecer después que tú lo hagan antes, dejando toda una vida por hacer. Me dijo que uno de los Paniaguas, ese era su apellido, se había puesto muy malito, y que me duchara rápido para ir a su casa a hablar con sus papás. Yo pensé que era el hermano pequeño, puesto que era diabético y quizás había tenido una recaída o algún problema. Le dije a mi abuela que estaba agotado del duro y largo día de vendimia, que por favor llamaran al día siguiente para averiguar cómo iba todo y para saber si había mejorado. Empezó a llorar, no podía mentirme, me agarró de la mano y me dijo que mi mejor amigo, Rafael, había muerto esa misma tarde de un derrame

cerebral y que no se podía hacer nada. Le dije que si estaba de broma, y me respondió que era tan difícil entender que se fuera un chaval de diecisiete años con toda una vida por delante y que una vieja como ella se quedara aquí dando guerra todavía, pero que no podía explicarme más, que tendría que ir a casa de mi amigo. Mis padres estaban desolados, sin fuerzas para decirme nada, no me lo podía creer. Baje tan rápido como pude hasta casa de Rafa y su madre me abrió la puerta, tenía un rostro sereno, como el que habitualmente solía tener cuando me abría siempre que iba a buscar a Pani, para ir a jugar o dar una vuelta o al instituto.

—Pasa, hijo, que tengo que hablar contigo —dijo su madre.

Fuimos juntos hasta la habitación de Rafa, donde tantas y tantas tardes habíamos estado jugando a las chapas, a los *clicks* de *Playmobil*, a las cartas, y me sentó en los pies de la cama. Me miró a los ojos fijamente y me dijo.

—Acisclo, no quiero que te pongas nervioso ni que grites ni que llores, pero tengo que darte la noticia de que Rafael ha muerto de un derrame cerebral, y que ya no estará más entre nosotros, pero que si Dios le ha llamado a su lado es porque le necesitaba allí más que nosotros aquí, y tenemos que darle gracias al Señor porque ahora está en el reino de los cielos y estoy segura que se convertirá en un ángel de la guarda para que os ayude a vosotros que os quedáis aquí todavía a vivir un poquito más, ¿de acuerdo? Ahora pasa al salón, donde hay más gente. Ven, dame un beso.

Me dio un abrazo y un beso, y me derrumbé en sus brazos. La familia de Pani y él eran muy, muy creyentes, todos los domingos iban a misa juntos y creían en Dios, rezaban y predicaban con el ejemplo la palabra del Señor, como su mamá había hecho minutos antes conmigo. Todos los amigos nos reunimos esa tarde-noche en su casa y todos contamos alguna historia que nos sucedió con él. Fue triste pero a la vez maravilloso, no sabría explicar las sensaciones de esa tarde, era todo tan raro, tan irreal, tan duro. Al día siguiente casi todo el pueblo fue al entierro, es una familia muy conocida y respetada y Rafa tenía muchos amigos. Yo no pude aguantar

la presión dentro de la iglesia y me tuvieron que sacar a que me calmara un poco, empezaba a creer lo que estaba sucediendo, empezaba a darme cuenta de que jamás volvería a ver a mi amigo y se me estaba haciendo muy cuesta arriba ese entierro. Tras la misa todos fuimos con los *Vespinos* detrás del coche fúnebre al cementerio, fue nuestra última vuelta juntos, enterramos a nuestro amigo y continuamos de borrachera en su honor, como a él le hubiera gustado, juntos, todos juntos. Eran las ocho de la tarde cuando me separé del grupo, estaba muy, muy borracho y confundido por todo lo que había ocurrido esa tarde. Me dirigí a un puente de peatones que cruza las vías del tren y me senté a recapacitar en lo que ocurrió en esos días y en lo mucho que me habían sorprendido los familiares de mi amigo, su familia directa sobre todo, cómo afrontaban el hecho de la muerte de un hijo, de un hermano..., pensé que quizás era cierto todo lo que decían y que si Rafa se había marchado, yo tendría que ir con él, como siempre habíamos estado, juntos desde pequeñitos. Pensé que lo mejor para mí sería saltar al vacío y dejar que Dios me rescatara. Pero hubo solo una cosa que me lo impidió: mi mamá, mi madre no era ni es tan creyente como la madre de Rafa, ella no tendría repuesta para lo que había hecho su hijo el día anterior, y fue esa la única razón por la que no salté, no podía destrozarle la vida a ella ni a mi familia. Desde ese día no creo en Dios, me arrebató a mi mejor amigo y desde ese mismo día decidí vivir la vida lo más intensamente posible hasta que me vuelva a encontrar con Pani.